

Daniela Rivera Riquelme

El espacio vacío entre el autor y (su) obra: Maurice Blanchot y el pensamiento del afuera

Nos encontramos muy frecuentemente con obras literarias que despliegan temáticas y nociones de las cuales la filosofía se ha encargado de tratar metódicamente. Tal es el caso, por ejemplo, de autores como Jorge Luis Borges, con sus *Ficciones*, en las cuales se dibujan *jardines* y *artificios* que intentan dar con la naturaleza del tiempo. Asimismo, Hermann Hesse y sus *Abalorios*, que narran sobre el hombre y los saberes, o bien, Albert Camus, cuya obra se despliega al alero de las consideraciones sobre la filosofía de la existencia. A su vez, no resulta difícil encontrarnos con obras que, si bien son catalogadas como propiamente filosóficas, también alcanzan sagaces gestos literarios, los cuales terminan por difuminar la *frontera* entre un género y el otro. Quizás, una de las manifestaciones predilectas de esto último toma lugar en Nietzsche y el canto de Zarathustra.

A pesar de que esta sea una constatación sencilla, es precisamente en la simbiosis entre ambas disciplinas que se aloja una cuestión que podría pasar desapercibida, a saber, cuáles son esas *fronteras* que, al parecer, dan contorno a la filosofía y a la literatura. Antes de

cualquier respuesta a la pregunta por las fronteras aparece, más bien, una suerte de necesidad, es decir, se hace presente una notoria inclinación por definir o exigirle al pensamiento que pertenezca. Es la necesidad de determinar lo que *propiamente* corresponde a tal o cual lugar, a tal o cual categoría. A todas luces, según esto, no queríamos dejar espacio para la obra que tambalea entre un lugar y otro, para una obra que oscile, pues allí se instala el incómodo riesgo de la posibilidad de un espacio vacío.

En su obra, Maurice Blanchot plantea este peligro del pensamiento, es decir, cuando el pensar ya no se resguarda en su pertenencia, sino que sale en busca de una distancia. No es del todo extraño, entonces, que Blanchot mismo performe la dificultad de situar su escritura dentro de una u otra categoría. Esta última ha sido una tarea en la cual se han embarcado intérpretes y lectores, sin embargo, en el esfuerzo por otorgarle una unidad, ya sea como obra filosófica o literaria, no han logrado más que arribar a la molestia de lo que se encuentra incompleto o inadecuado.

Junto a Blanchot es posible reconsiderar la relación que creemos tener con el *propio* pensamiento. En este sentido, el filósofo francés exhorta a poner el pensamiento a distancia y, con ello, a poner en duda el gesto clásico de la filosofía, el cual pretende instaurar una razón que unifica, una circularidad que delimita y que torna hacia sí misma su verdad y su saber. Sin embargo, ¿qué sucede cuando el pensamiento se aparta? ¿Qué es lo que queda cuando ya no se somete a mi propiedad ni se identifica conmigo? Surge un pensamiento que ahora se despliega sin necesidad de un *yo*,

aquel que ya no me pertenece como sujeto pensante, uno que no me reconoce ni me instituye como soberano. Es el pensamiento que detiene la necesidad de una experiencia apropiable.

De esta manera, lo que sobreviene es un espacio como *fisura*, un espacio que no intenta ser un vacío que distiende los extremos entre sujeto y pensamiento, reconociéndolos, sino que es un espacio, un ‘entre’ que más bien los diluye, los fragmenta. El pensamiento es ahora desterrado hacia un *afuera*, allí donde la propiedad y con ella el sujeto, se desvanecen, un espacio que carece de ellos.

¿Cuáles son las consecuencias para la filosofía, para la literatura y, finalmente, para la escritura cuando ellas se relacionan con el *pensamiento del afuera*? Esta es, quizás, la principal pregunta sobre la que gira la presente reflexión. Sin embargo, habría que advertir aquí que no se trata de dar, una vez más, una solución que unifique y esclarezca tales relaciones, es decir, una solución que nuevamente trace de manera legible las presuntas fronteras, sino, por el contrario, se trata de manifestar la petición que se despliega en esta *relación* de carencia: la exigencia de una experiencia de lo imposible.

El espacio que abre el *pensamiento del afuera* de Blanchot guarda relación con la experiencia de la ficción. En este sentido, el espacio que se da en el ‘entre’ diluye el imperio de la verdad, la mentira y la correspondencia que de ellas se espera como criterio de adecuación a la realidad. Así, en el espacio de la ficción se abre una dimensión que excede al lenguaje, puesto que allí la palabra ya no es institución de la verdad, ella deja de operar como

cimiento y estructura de lo *real*. Ahora la mentira, en tanto que afirmación de la palabra, la destruye como tal y no deja más que su quimera. Tal es la experiencia de la literatura, la formulación de una ficción que expulsa al lenguaje hacia su exterioridad, a su *afuera*.

Ahora bien, esta dimensión que rompe con lo verdadero y lo falso no solo alcanza al lenguaje de la literatura, sino que arrastra consigo al lenguaje en general, a aquel que se ha esmerado en cumplir su función instituyente: el lenguaje de la ciencia, al de la normatividad, en general, al lenguaje del discurso tradicional, aquel que ahora es atravesado por esa experiencia inapropiable que hace del lenguaje ya no una adecuación entre palabra y cosa, sino un pacto siempre quimérico. Se trata entonces, junto a Blanchot, de aceptar un pensamiento que nos aleje de él en tanto instrumento de dominación.

La literatura, a la luz del pensamiento del *afuera*, se torna un lenguaje que se traiciona a sí mismo. La literatura deviene en un lenguaje que anula el discurso y ahora frustra su objetivo: se trata de un habla que no comunica, uno que suspende la relación, ya que no me necesita como sujeto emisor para poder desplegarse, ni requiere de un sujeto receptor que dé cuenta de la efectividad de la relación comunicativa. En este sentido, es un habla que toda vez que se profiere, lo hace como anónimo. ¿Quién habla entonces? ¿Quién enuncia la obra? La experiencia literaria excluye al escritor. En este sentido, la defensa de un pensamiento que se ponga a sí mismo en distancia sugiere a la vez un distanciamiento con el autor, puesto que ahora, entre autor y obra se interpone una interrupción, el

espacio vacío que hasta acá se ha venido dibujando. Así, la escritura, cuando se despliega en su *afuera* termina por desautorizar al autor que ahora queda desamparado, ya que el lenguaje que lo había instituido ahora se retira y lo deja descubierto.

Con esto, la formulación cartesiana del *cogito* ya no es posible de sostener, puesto que la relación de identidad entre el sujeto y su lenguaje, el ‘pienso entonces existo’ se fractura bajo la forma de una *irrelación*¹ que indica, más bien, que el pensamiento carece de un remitente ulterior. En este sentido, el pensamiento del afuera se despliega como una ruptura con la subjetividad y, como ya hemos visto, también con lo real, puesto que el pensamiento ya no estructura, sino que abandona su dominio sobre las cosas y reestablece una suerte de inoperancia. Tal como anuncia Blanchot, es una escritura que escribe su propia falta: el pensamiento que expresa una distancia con el mundo.

Con todo, el pensamiento se aleja de su poder de ordenar y configurar la realidad y ahora no alza más que el gesto de su propio ocultamiento. Un fracaso en el cumplimiento de su objeto, como propone Blanchot, un *desastre*.

El desastre es convocado aquí como lo que ha excedido la línea que traza la órbita, diríamos, lo que se encuentra fuera del orden, lo que se disgrega en otra dirección. Es aquello que se encuentra desestructurado, lo que no alcanza un yo, sino que es el no-alcance de esa misma subjetividad. En este sentido, no hay una subjetividad trascendente que pueda pensar y

apropiarse del mundo, pues es el mundo quien se desvanece: una ausencia de mundo. No hay algo así como una unidad de la cual sostenerse, puesto que tal poder ha sido ya diluido en la inoperancia del lenguaje. El desastre es, finalmente, lo que desmantela las identidades. En (su) obra *El diálogo inconcluso*, Blanchot se refiere a este punto con lo siguiente:

Puede ser (me parece que no cesamos de comprobarlo) que cuanto más lejos va el pensamiento en la expresión de sí mismo, más debe mantener en alguna parte dentro de sí una reserva y algo así como un lugar que fuese una especie de no-pensamiento, inhabitado, inhabitable, algo así como un pensamiento que no se dejase pensar. Presencia-ausencia que atormenta el pensamiento que la vigila dolorosamente, con recelo, con negligencia, sólo pudiendo desviarse de ella, puesto que todo lo que la acerca, al mismo tiempo la aparta. (Blanchot, *El diálogo inconcluso*, p. 202).

En el marco de esta escritura del desastre pronto se percibe una suerte de relación – con arreglo a lo defectuoso que esto pueda sonar ahora – con la muerte. La muerte es aquello que carece de presencia y, en ese sentido, estamos ya siempre imposibilitados de establecer una relación con ella. No me es posible morir, incluso cuando, a su tiempo, se aparenta hacerlo, puesto que cuando muero, ya no soy *yo* el que muere: inmediatamente he dejado de ser sujeto de mi propia muerte, una experiencia ahora inapropiable para mí. Entre el yo y la muerte se vuelve a abrir el

¹ Fernández, J. (febrero 2012). Maurice Blanchot y el pensamiento de la no-relación. *Neutral*. (2), p. 2.

intersticio, la fisura, el espacio vacío que me impide la apropiación de la relación. El autor lo expresa con lo siguiente:

Cuando hablo, la muerte habla en mí. Mi habla es la advertencia de que la muerte anda, en ese preciso instante, suelta por el mundo, de que entre el yo que habla y el ser que interpelo ella ha surgido bruscamente: está entre nosotros como la distancia que nos separa, pero esta distancia es también lo que nos impide estar separados, porque es la condición de todo entendimiento. (Blanchot, *La parte del fuego*, p. 288).

La escritura y la muerte son instancias que carecen de presencia. Por una parte, la muerte no es capaz de presentarse cuando se la busca, puesto que encontrarla implica la sustracción o el retiro de quien la persigue. Por otra parte, la escritura tampoco es capaz de comparecer, puesto que ella no escribe más que la ausencia de las cosas, la presencia-ausencia que enuncia Blanchot. La escritura manifiesta sólo aquella distancia de lo que quiere decir. No es nunca la muerte misma, tampoco es el lenguaje en su mismidad. Finalmente, escribir y morir se relacionan en su imposibilidad, aquello que nos relaciona a través de la no-relación.

¿Qué nos queda, entonces? Luego de este breve recorrido por las consideraciones que hace Maurice Blanchot sobre el *pensamiento del afuera* junto al lenguaje y la literatura, se mantienen aún pendientes las consecuencias que el *afuera* implica para la filosofía.

El *espacio vacío*, esta irrelación que se ha manifestado sin hacerlo, no puede sino poner en movimiento los cimientos sobre los cuales se edifica la filosofía. En este sentido, este

pensamiento por nuestra relación con él mismo y el lenguaje propone una reflexión en torno a los límites de esta disciplina. El pensamiento del afuera manifiesta una crítica al proceder filosófico en cuanto éste último ha buscado persistentemente conocer, determinar, develar lo conocido por medio de la apropiación, es decir, reduciendo lo desconocido a las categorías ya conocidas. Esto último, a todas luces parece ser un gesto vacío o al menos demasiado arrogante, ya que la filosofía parecería insistir en delimitar sus propios límites, hacer de sí un *dentro* protegido, instaurado, delimitado por la verdad y lo real. Sin embargo, ¿qué sucede cuando la filosofía reconoce la interpelación que le llama desde el *afuera*?

Como hemos visto, este espacio vacío en cuyo terreno habita la ficción ha terminado por esparcir el poder del lenguaje que configura la realidad. Ya no hay una verdad, una unidad, una capacidad de apropiación. Ahora el riesgo que se toma con este pensamiento es el peligro de la no correspondencia. Sin embargo, este peligro del pensar se presenta como una exigencia casi irrenunciable: cuando ya ha sido todo dicho, estudiado e instituido, la filosofía necesita de su afuera, de algo que no sea ella misma para poder seguir en su ejercicio crítico.

Con todo, Maurice Blanchot nos deja un pensamiento en el cual la escritura no da nada, una escritura que de abrir algo lo que despliega es un vacío, un *desastre* en el sentido de la desarticulación de lo que ha sido instaurado. Pero, contraria a esa necesidad de la cual hablábamos al principio sobre lo propio y lo que se corresponde, este desastre no

desarticula para volver a poner a la luz alguna otra construcción, el desastre desarticula y manifiesta la inoperancia, el vacío, la insuficiencia, la falta de relación. Finalmente, es el desastre el que condena la inoperancia, el ejercicio fútil. El desastre nos recuerda que toda vez que buscamos develar la verdad, es la nada quien allí se interpone.